ARCHIVO DRAMÁTICO
DE
JOSÉ MARCH BELERT
Calle ~~Ruzafa, núm. 13, bajo.~~ Sn. Cristobal 12, b.º

Mi muger y mi criado

Se compran, venden y cambian obras dramáticas y papeles de estudio.

Núm. ______

Estante ______

Se alquilan papeles de estudio, obras dramáticas y zarzuelas, á precios convencionales.

Imp. F. Vives y C.ª, Lauria, 40.

Lara

Ricardo Valero



MI MUJER Y MI CRIADO.



MI MUJER Y MI CRIADO,

COMEDIA EN UN ACTO,

ESCRITA EN VERSO Y ORIGINAL

DE

D. RICARDO VALERO Y LLORENS.

Representada por primera vez en el Teatro de Novedades, el dia 16 de Diciembre de 1869.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1869.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELISA	STA. RUIZ.
ENRIQUETA	STA. RUBIO.
JULIAN	SR. CERVÍ.
EDUARDO	SR. FERREIRO.
MATEO, criado gallego	SR. MARTINEZ (D. E.).

La accion pasa en una quinta de Carabanchel. Época actual.

Á MI QUERIDA MADRE.

La riqueza del poeta, es su santa inspiracion, sus glorias un ramo de laurel: admite el pobre don de la primera, y si algun dia brota para mí el segundo, madre de mi alma, lo depositará en tus manos como nuevo testimonio del cariño que te profesa, tu hijo

Ricardo

DOS PALABRAS.

Al buen deseo de las señoritas Ruiz y Rubio, y de los señores Cerví, Martinez y Ferreiro, debo el éxito que ha obtenido esta comedia: cúmpleme hacer público mi agradecimiento por el buen desempeño que le ha cabido.

El Autor.



ACTO ÚNICO.

Gabinete adornado con elegancia.—En el foro, una puerta que da al jardin.—Puertas á los lados, y en segundo término izquierda, un balcon practicable.—Un velador con recado de escribir, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

JULIAN y EDUARDO, sentados.

JULIAN. Créeme, Eduardo, estoy hastiado.
EDUAR. Sé un poco más razonable.
JULIAN. Pero si no es tolerable
la existencia de casado.
EDUAR. Hombre!
JULIAN. Esta paz... esta calma
que reina á mi alrededor
me pone de mal humor
y me va secando el alma.
Tú me conoces, y extraña
no encontrarás mi querella.
Soy capaz, por una bella,
de recorrer media España;
y si encuentro un protector
que me detenga insensato,
le reto al punto, le mato,

y queda ileso mi honor.
Qué importa un lance? una herida?

EDUAR. La sana razon advierte...

JULIAN. El ostracismo es la muerte:
el movimiento la vida.
Ansiando encontrar cariño
me casé... ¡tonto de mí!
que entónces, ciego, no ví
que era todavía un niño.
¿Por qué yacen olvidadas
aquellas fascinadoras
intrigas?—aquellas horas...
aquellas calaveradas!...
Mírame, ni sombra soy
de lo que en un tiempo fuí.
—«Aprended, hombres, de mí.
¡Lo que va de ayer á hoy!»

EDUAR. Si tanta pena te da
el ser hoy un hombre honrado,
dime: ¿por qué te has casado?

JULIAN. Por... casarme.

EDUAR. Bien está!

JULIAN. Por tener mujer...

EDUAR. Lo dicho,
estás loco de remate.

JULIAN. Que me sirva el chocolate,
y me... en fin, un capricho.
Hoy de mi asombro no salgo.

EDUAR. Bien, hombre; pero por qué
te casaste!

JULIAN. No lo sé;
¡qué quieres!—por hacer algo.

EDUAR. Pues hijo, te he de probar,
pese ó no á tu mal humor,
que la ventura mayor
se halla sólo en el hogar.
Medita, Julian, si ayer,
de tu existencia en la aurora,
disfrutaste más que ahora
al lado de tu mujer.
Piensa si el baile y el juego,
y los goces que se venden,

más tu corazon encienden
que su sonrisa y su ruego.
Dime, en fin, si la ventura
que un marido necesita,
no se halla, Julian, escrita
sobre su faz noble y pura.

JULIAN. Es verdad.

EDUAR. Aun no eres padre.

JULIAN. No.

EDUAR. Cuando tengas un niño
verás el dulce cariño
con que miras á su madre.
Porque aquel ser que en la cuna
nos tiende sus tiernos brazos,
á la par que oprime lazos
hace de dos almas una.

JULIAN. La verdad es que... (Turbado.)

EDUAR. Yo siento
ser tu amigo!...

JULIAN. Habla.

EDUAR. No.
Ni engañarte puedo yo,
ni en intentarlo consiento...
pero en verdad merecias,
por loco y por calavera,
que álguien el amor hiciera
á tu mujer.

JULIAN. (Asustado.) Osarias!...

EDUAR. No, ya lo he dicho.

JULIAN. Por Dios,
nada de bromas pesadas.
Hablé mal de las casadas...
pero queda entre los dos. (Con misterio.)
¿No es cierto?

EDUAR. Descuida, hombre.
(Ya está asustado.)

JULIAN. (Conviene
que le observe.) Nada tiene
de extraño que yo... mi nombre
no padece... está admitido...
mas faltar á su deber
una esposa...

EDUAR. La mujer
imita siempre al marido.
JULIAN. Chico, chico!
EDUAR. (Levantándose.) Ahí está el quid;
no faltar...
JULIAN. (Levantándose.) (Si intentará
darme un susto.)
EDUAR. (Él cambiará.) (Paseándose.)
JULIAN. No te vuelves á Madrid?
EDUAR. Lo que es hoy... de aquí no salgo...
JULIAN. Pues hace un dia cruel.
EDUAR. Me quedo en Carabanchel.
JULIAN. (Ya no hay duda, intenta algo.)

ESCENA II.

DICHOS, ELISA.

ELISA. Felices dias, señores.
Come usted con Julian hoy?
EDUAR. Sí señora.
ELISA. Ha visto usté
á mi cuñadita?
EDUAR. No.
ELISA. Piensas salir á caballo. (Á Julian.)
JULIAN. He cambiado de opinion.
ELISA. Qué carácter.
JULIAN. No me enfado.
Nunca me encontré mejor,
ni asistido con más... Ves?
(Enseñando la pechera á Eduardo.)
Brillante está como un sol,
y la ropa cepillada,
y no me falta un boton. (Tirando una silla.)
No hay motivo en esta casa
de enfadarse ni... ¡qué horror!
Dónde se encuentra mi hermana?
ELISA. Haciendo *sábado.*
JULIAN. Oh!
removiendo trastos y
levantando un polvo atroz.
EDUAR. Me voy á dar una vuelta.

Me acompañas, Julian.

JULIAN. No.

EDUAR. Qué tienes?

JULIAN. La coqueluche.

EDUAR. Entónces adios.

JULIAN. Adios.

ESCENA III.

ELISA, JULIAN.

ELISA. Quieres almorzar?

JULIAN. No quiero.

ELISA. Qué te pasa?

JULIAN. Nada.

ELISA. Estás
incomodado conmigo?
dilo de una vez.

JULIAN. No tal.

ELISA. Por Dios, Julian, no estés serio;
no me desprecies, Julian.
¡Cuál es mi delito? ¿En qué
te pude yo incomodar?
¿No comprendes que yo sólo
quiero tu felicidad?

JULIAN. Y quién dice que no soy
feliz?

ELISA. Tu aspecto glacial,
tu inquietud...

JULIAN. Si eres un ángel,
si es imposible rabiar
á tu lado.

ELISA. Siendo así...
no hablemos más.

JULIAN. Nada más.
(Pausa. Julian se pasea.)

ELISA. Vamos á buscar á Eduardo?
Está en el jardin.

JULIAN. (Qué tal!
está en el jardin.)

ELISA. Dejarle
no es político.

JULIAN. (Agua va!)

La política qué tiene
que ver con nuestra amistad
ni á qué he de perder el tiempo
examinando un rosal
ó un naranjo...

ELISA. Pues quedémonos.
¿Toco el piano?

JULIAN. El piano... aa...
(Bostezando.)
Sólo la palabra piano
me da sueño.

ELISA. Bien, Julian.

JULIAN. Y náuseas.

ELISA. Te leeré.

JULIAN. Versos?

ELISA. Si.

JULIAN. Ni uno hay
que valga dos cuartos.—¿Qué es
eso?
(Sentándose. Elisa, que ha abierto un libro de poesías, se sienta á su lado.)

ELISA. *El Proscripto.*

JULIAN. Aja já!

ELISA. (Leyendo.)
»Brisas del mar que allende
»volais ufanas
»á besar las riberas,
»ay! de mi patria.
»¡Quién fuera viento
»para ver á mi España
»solo un momento!»
(Julian se va quedando dormido poco á poco; Elisa que lo nota, acerca su silla á él y empieza á alzar la voz, hasta que al llegar al fin de los versos, sus voces son tan grandes que Julian se despierta.)
»Vientecico que oreas
»mi sien ardiente,
»lleva á España un suspiro
»entre tus pliegues;
»lleva un recuerdo,
»de quien lágrimas puras
»vierte muy lejos.

»Patria, que alegre viste
»mi edad primera,
»que en la cuna arrullante
»mi infancia tierna.
»Errante espero
»pisar, oh! patria mia!
»tu amigo suelo...»
(Declamando.)
Ni por esas,—¡que no ronques!
Me oyes?—¡qué sociedad!
(Gritando.) Juliaaan.
(Dándole con el libro en la cabeza.)

JULIAN. (Bostezando.) Si estaba escuchando.

ELISA. Vaya un modo de escuchar.
La necia soy yo, que sufro
con la mejor voluntad
por verte feliz. (Llorando.)

JULIAN. (Al cabo
va empezar el huracan.) (Levantándose.)

ELISA. Si tu mujer fuese otra...
la Cármen ó la Pilar...
En ellas todo es encanto,
en mí todo fealdad!
¿Pero, señor, es posible
que siempre hayan de buscar
fuera lo que en casa tienen
con tanta facilidad?
Pero hombre, contesta algo.

JULIAN. Mujer, qué he de contestar:
pretendes que me sofoque
y me dé una enfermedad?
—No es mi deseo que enviudes
tan pronto,—cuesta un caudal
cada entierro.

ELISA. Esa risita
es insoportable.

JULIAN. Ya.

ELISA. Rabia, hombre, rabia al ménos
por complacerme.

JULIAN. No tal.

ELISA. Te aborrezco.

JULIAN. Y yo te adoro. (Riendo.)

No lo puedo remediar.

ELISA. Siguen las bromas, pues mira.
(Tirando los muebles.)

JULIAN. Tienes mucha habilidad.

ELISA. No creas,—voy á quemarlos
con un frasco de aguarrás.

JULIAN. Compra el frasco. (Dándole una peseta.)

ELISA. Una peseta?
Vete á la calle, Julian.

JULIAN. Si hace un dia insoportable...

ELISA. Vete, y no te digo más. (Muy colérica.)

JULIAN. (Ya me parece mejor
mi estado matrimonial.)
(Se marcha frotándose las manos con alegria.)

ESCENA IV.

ELISA sola.

Jesús! qué tonta, Dios mio,
qué estúpida he sido yo
al casarme!—Ya se ve,
pia un pollito precoz ..
mira una sus monerías
con agrado... en vez de un no
redondo, se otorga un *sí*
que llega hasta el corazon,
y de esta suerte se llega
á tener juez y señor.
¡Malhaya de la mujer
que idolatra á un trapalon!
y Julian lo es... y grande.
¡Con qué gracia me engañó!
Ah! pillo... si fuese ahora,
—aunque es guapo como un sol
el chico. (Pensando.) ¿Si algun amigo
le aconsejará?—Yo estoy
en que sí,—porque recuerdo
que era ántes mucho mejor.
Eduardo quiere á Enriqueta;
pero quién sabe?... Los dos
se entienden... hablan á solas.

Eso es,—sí, sí;—el traidor
le aconseja que me falte.
—Pues ya verán quién soy yo.

ESCENA V.

ELISA, ENRIQUETA.

ENR. Dónde has puesto el bastidor
en que estoy bordando?

ELISA. (Paseándose sin reparar en Enriqueta, y hablando consigo misma.)
Infame!

ENR. (Creyendo que se dirige á ella.)
No es delito el que raclame
lo que es mio.

ELISA. (Paseándose.) Bien, mejor.

ENR. (Habla sola,—mi hermanito
le habrá dado algun disgusto.)
(Acercándose con timidez.)
Elisa, no encuentro justo
que yo...

ELISA. (Dando un grito.) Qué!

ENR. Jesús! que grito.

ELISA. Necia! (Hablando consigo.)

ENR. Vaya unas lisonjas
en boca de quien me aprecia;
mañana me vuelvo...

ELISA. (Impaciente y paseándose.) Necia!

ENR. Al convento con las monjas;
que la abadesa no llama
con tan injusto dictado.

ELISA. Di niña, has averiguado
si en el convento se ama?

ENR. Se ama á Dios, sí.

ELISA. No te asombre,
hablo de los hombres.

ENR. Loca!
como han de poner en boca
aquellas madres al hombre.

ELISA. Es decir que en sus desvelos
para honrar al Creador

ni saben lo que es amor
ni han tenido nunca celos!

ENR. Nunca.

ELISA. Que dichosa vida,
no sentir dentro del pecho
el negro turbion desecho
de la esperanza perdida.
No comprimir insensata
un corazon cuyo fuego,
inflama la mente y luego
hora tras hora la mata.
Mata el tuyo, niña.

ENR. Ca,
pues si tengo un corazon
que debe ser jugueton
segun los brincos que da.

ELISA. Pues por eso.

ENR. Fuera ingsata
con él y me causa pena...
porque no puede ser buena
la que su corazon mata.
¿Dime, cuando en el regazo
de una madre cariñosa,
allá en edad mas dichosa,
dormias en tierno abrazo;
cuando con dulce embeleso
tu madre que te miraba
ufana depositaba
en tus mejillas un beso,
no sentias un placer
conjunto de amor y calma
que daba expansion á el alma
y nueva vida á tu ser?
¿Pues cómo aquella emocion
podrá gozar un momento
quien no tiene sentimiento,
quien no tiene corazon!
Te creo muy desgraciada,
Elisa mia, desde hoy,—
muchísimo.

ELISA. Pues lo soy
sólo porque estoy casada.

ENR. Deliras.
ELISA. Hablo formal.
ENR. Mi hermano no es un cualquiera.
ELISA. Se lo doy al que lo quiera.
ENR. ¿Cómo!...
ELISA. Por medio real;
porque tiene un amiguito,
—ay! qué amiguito, Enriqueta!
ENR. Si no soy harto indiscreta,
cuéntame...—lo necesito.—
Se trata de Eduardo?
ELISA. Sí.
ENR. Ay! Dios.
ELISA. Los dos especulan
con nuestra amor.
ENR. Qué tormento!
ELISA. Sin el menor miramiento
se entienden... se confabulan
con mengua de nuestro afan.
Su afecto se ha vuelto un cardo.
ENR. Julian ha perdido á Eduardo.
ELISA. Eduardo ha muerto á Julian.
ENR. Pero si no puede ser.
Tú te alucinas.
ELISA. No hay tal.
ENR. Eduardo es hombre formal,
juicioso...
ELISA. Lo vas á ver.
(Se acerca al velador y escribe.)
ENR. Escribes?
ELISA. Sin dilacion;
y te explicaré mi carta,
qúe para estar yo tan harta
debe sobrarme razon.
ENR. Vaya usted luego á fiarse!...
(Con descsperacion.)
Loco! injusto! temerario!...
—¡Por qué ha de ser necesario
un hombre para casarse!
ELISA. (Leyendo.) «Señor don Eduardo Orizaba: Muy
»señor mio: no puedo consentir que engañe
»usted por más tiempo al cándido de m

»marido. Es mi deber, y en este concepto »ruego á usted no turbe por más tiempo la »tranquilidad de mi hogar. No alcanzará »usted nada.—Su afectísima, etcétera.— »Elisa.»

ENR. Sí, sí; la prueba es palmaria.
Oh! la rabia me devora.
Hago voto desde ahora
de ser monja trinitaria.
Entraba aquí con objeto
de disipar á Julian.

ELISA. Dios sabe á dónde ellos van.

ENR. No hablarle más te prometo.
(Se marcha llorando.)

ESCENA VI.

ELISA.

Llora... y con justa razon,
que su pasada ilusion
contempla desvanecida.
¿Creerá aun que el corazon
hace agradable la vida?
—Hombres, hombres que gozais
en atormentarnos tanto,
por qué nos decis que amais
si dia y noche bogais
sobre el mar de nuestro llanto!
Pero esto no es ya posible
que continúe.—Yo debo
torturar su alma insensible
con algun suplicio nuevo,
estrambótico, terrible.
Deseo que el fementido
á su pesar se convenza,
confuso y arrepentido,
de que tambien un marido
puede llorar de vergüenza.
Ya terminó mi zozobra.
¿Pero qué suplicio empleo?
tiempo quedará de sobra...

ESCENA VII.

ELISA, MATEO, aparece trayendo unos floreros.

ELISA. Mateo. (Fijándose en él.)
—Con este sobra
para empezar.—Ven, Mateo.
(Llamándole con la mano.)

MATEO. Llama la señora?
(Acento gallego. Sa acerca con asombro.)

ELISA. Sí.
Mi dulce sueño, mi amigo.

MATEO. (Zape!)

ELISA. Quiero hablar contigo.

MATEO. (Mirando á su alrededor.)
Si haberá álguien pur ahí?
Háblame? (Á Elisa.)

ELISA. (Con gazmoñería.) Contigo es:
¡harto lo sabes, ingrato!

MATEO. Señor, yu estoy turulato
de la cabeza á los piés.

ELISA. No fuiste siempre testigo
de mi pesar? ¿No es verdad
que buscas la soledad
para departir conmigo?
¿que de mi vista el destello
te fascina? ¿que anhelante
buscas mi triste semblante,
buscas mi rizo cabello?
Devuélveme la alegría;
el bien que codicio labra
con una sola palabra,
gallego del alma mia.

MATEO. Y que há de decir mi boca
al escuchar tudo eso,
ú que yo he perdido el seso
ó que usté se vulvió loca.

ELISA. Si tu voz mi sangre enciende:
si tu cariño me mata...

MATEO. Pues, señora, tome hurchata,
que bien barata se vende.

ELISA. Unámonos en un lazo
tierno, adorable, infinito...

MATEO. Y si lu ve el señurito
y me aplasta de un trancazo.

ELISA. Temes ya!

MATEO. No he de temer!
aunque esto el diablo lo enrede
francamente... usté me puede
convenirme por mujer.
Ni yo aunque nu valgo nada
pretendo, y se lu repito,
el perder el apetito
por una mujer casada.
En dude está la mural,
y la ley!... ¿desea usté
que me lleven por mi pie?...

ELISA. Adónde!

MATEO. Al cureccional.
Basta de equivocacion:
y váyase poco á poco,
no sea que el equivoco
me cueste á mí un cuscurron.

ELISA. (Ah! por fin... tras el portier
(Mirando al portier.)
veo los piés de Julian,
está oyendo.) Dulce iman. (Acercándose á Mateo.)

MATEO. Que cansada es la mujer.

ELISA. Esto es la dicha.

MATEO. El infierno.

ELISA. Yo te busco.

MATEO. Yo la evito!

ELISA. Yo estoy muerta.

MATEO. Yo estoy frito.

ELISA. Mira...

MATEO. Nones.

ELISA. (Invocando.) Hados!

MATEO. Cuerno!

ELISA. Pero en tu pecho no arde
esta llama abrasadora!
—Mateo mio!

MATEO. (Volviendo.) Señora!

ELISA. Cobarde!

MATEO. Nun soy cobarde.
ELISA. Gallina. (Con dignidad ofendida.)
MATEO. Que nu es verdad.
ELISA. Me incomodas. (Con desprecio.)
MATEO. (Picado.) ¡La incomodo?
—pues apechugo por todo
y viva la libertad.
ELISA. Consientes en ser mi eden?...
MATEO. Sí.
ELISA. Mi númen, mi capricho?...
MATEO. Sí.
ELISA. Está dicho?
MATEO. Está dicho.
ELISA. Pues te adoro.
MATEO. Y yo tambien.
ELISA. Unidos por un deseo
que todo lo diviniza,
iremos á Suiza—á Suiza!
MATEO. Mejor es á Rivadeo.
ELISA. Yo entonaré una cancion
al compás de la onda clara...
MATEO. Y yo, mirando tu cara,
me cumeré un salchichon.
JULIAN. (Asomando la cabeza por un lado del portier. sin que le vean.)
(Si lo escucho y no lo creo...
¡Mi criado y mi mujer!!!)
ELISA. (Hola! se mueve el portier.)
Tutéame.
MATEO. Te tuteo.
JULIAN. (Id.) (Ya no cabe más cinismo!)
ELISA. Seremos en la pradera...
tú, pastor.
MATEO. Tú, lavandera.
JULIAN. (Y yo os romperé el bautismo.)
ELISA. Pues no hablemos más.—Aguardo
la ocasion... (Indicacion de huir.)
MATEO. Sí: ya estás harta...—
Cuando quieras.
ELISA. (Con misterio) Da esta carta...
JULIAN. (Volviendo á asomarse con viveza.)
Una carta?

ELISA. Á don Eduardo.

JULIAN. (Esto es infame, es innoble!
Y yo sin saber mi afrenta!
(*Elisa y Mateo hablan bajo.*)
Pronto te pediré cuenta
tambien por partida doble.)

ELISA. Voy á ponerme otro traje
que no llame la atencion,
y en cuanto haya una ocasion
emprendemos nuestro viaje.
Adios. (*Con mucha ternura. Se va.*)

MATEO. Si mi dicha es cierta,
á qué dejar para luego?...
El amor es como el juego:
yo voy .. (*Indicacion de seguir á Elisa.*)

ESCENA VIII.

MATEO, JULIAN.

JULIAN. (*Deteniéndole.*) Alto!

MATEO. Rey en puerta.

JULIAN. Mientras hablabas á Elisa
me encontraba en aquel sitio...
(*Indicando el portier.*)

MATEO. (Pillóme.)

JULIAN. Todo lo sé;
y en vez de irte tranquilo
á viajar, al Saladero
voy á llevarte yo mismo.

MATEO. Señor!

JULIAN. Calla, miserable,
ó con mis manos oprimo
la garganta que hace poco
manchar mi honor ha sabido.

MATEO. San Blas, san Chito, san Rufo,
san Rafael, san Remigio,
sucurrezme... y tú tambien
ampárame, santu mio.

JULIAN. Cállate.

MATEO. Que nun fuí yo.

JULIAN. Basta.

MATEO. Que se armó este lio
sin pensar; que la señora
llamóme y luego me dijo
que mi amor le hacia falta
purque me hallaba bunito.

JULIAN. Y te atreves á contármelo?

MATEO. Pero qué culpa he tenido
de ser más guapo que usted?

JULIAN. Bribon!

MATEO. En su casa sirvo;
pero nun quiero que nadie
me seduzca.

JULIAN. Habrá beduino!

MATEO. Puedo perder.

JULIAN. Animal!

MATEO. Y si se sabe este lio
nu habrá gallega que quiera
tumarme á mí pur marido.

JULIAN. (Cogiendo una silla.)
Te voy á romper los huesos.

MATEO. Eh! cuidado, señorito,
cun hacer bestialidades,
que el que rumpe paga.

JULIAN. Indigno
fuera que tomase en serio
un asunto tan rídiculo...
¿Dame la carta de Eduardo—
trae pronto.

MATEO. (Todo lu ha visto.) (Se la da.)

JULIAN. Alguien pagará mi rabia. (Abre la carta.)

MATEO. (Á que calienta á su amigo.)

JULIAN. (Despues de haber leido.)
(Qué infierno es este—pretende
huir con Mateo hoy mismo;
y anuncia á Eduardo que nunca
conseguirá sus designios,
es decir que Eduardo quiere...)
Mateo, pégame un tiro.

MATEO. Vuelvo.

JULIAN. Me voy á tirar
á la calle... (Dirigiéndose al balcon.)

MATEO. (Deteniéndole.) Señorito...

JULIAN. Déjame, imbécil.
MATEO. (Id.) Sucorro—
—se vulvió loco.

ESCENA IX.

DICHOS, EDUARDO.

EDUAR. ¿Qué gritos?...
JULIAN. Voy á perder la razon.—
Ese hombre... y mi mujer
aquí...
EDUAR. Deliras.
MATEO. Señores,
que ustedes lu pasen bien.

ESCENA X.

JULIAN, EDUARDO.

JULIAN. Ve usted esta carta?
EDUAR. (Mirándola.) Si:
es de Elisa.
JULIAN. Escribe á usté.
EDUAR. Á mí?
JULIAN. Echándole en cara
la osadía y la doblez
con que pretende ultrajar
mi honra.—Puede usted leer...
(Tendiéndole la carta.)
EDUAR. Que yo amo á Elisa?... ¿que ella
me lo critica?
JULIAN. Eso es,
de consiguiente, armas: sitio...
EDUAR. Mira, chico, ó no estás bien,
en cuyo caso conviene
que vivas en Leganés,
ó esta carta es un pretexto
indigno para romper
conmigo.
JULIAN. Aquí no se trata
de mi hermana.
EDUAR. Loca fué

mi esperanza.

JULIAN. Que no es eso.

EDUAR. Sí.

JULIAN. No más desfachatez
señor mio: me refiero
á esta decepcion cruel;
á este feroz desengaño
que me preparaba usté;
de consiguiente, armas, sitio.

EDUAR. Yo nada tengo que hacer
con un loco; cuando sanes
y comprendas, te hablaré.

JOLIAN. Miserable.

EDUAR. Toma el aire.

JULIAN. Hombre infame.

EDUAR. Hasta más ver.

ESCENA XI.

JULIAN.

Si me habré yo vuelto loco
y tendrá razon Eduardo.
Sin embargo, este papel
pone su maldad en claro...
Por otra parte mi esposa,
y allá en el fondo el criado...
¿Pero, señor, dónde han ido
la moral, el decantado
pundonor, la virtud, la...
Nada—estarán trabajando,
para que un viejo académico
las borre del Diccionario.
¿Pero qué dices, Julian?
Julian, tú filosofando,
cuando buscabas ayer
medios de engañar incautos!
¿No eras tú contrabandista?
pues aplaude el contrabando.
¿No allanabas la morada
de tu prójimo? pues, bárbaro,
por qué te quejas ahora

de que asaltan sin recato
la tuya?—Cuando un marido
se encuentra con su pasado
frente á frente, va á la tienda,
compra un cordel de diez cuartos,
lo ata á un árbol, echa un nudo
á su cuello... y pega el salto.
(Indicacion de marcharse.)

ESCENA XII.

JULIAN, ENRIQUETA

ENR. Ay! hermano de mi alma!
JULIAN. (Esta tambien se va á horcar.)
ENR. Eduardo...
JULIAN. No me lo nombres.
ENR. Le amaba con loco afan....
JULIAN. Eso me decia siempre.
ENR. Lo decia!
JULIAN. Pero ya
que no cuente con tu mano.
ENR. Sabes?...
JULIAN. La horrible verdad.
ENR. Lo mismo me ha dicho Elisa,
—que no piense en él jamás.
JULIAN. ¡Elisa?
ENR. Sí.
JULIAN. Cómo! ella
te hizo romper?...
ENR. Claro está,
como que está convencida
de que ambos nos engañais...
JULIAN. Infeliz! has sido víctima
de esa mujer desleal...
Ella y Eduardo... comprendes?
ENR. Se aman?
JULIAN. Con ciego afan,
segun esta carta prueba:
tiende un lazo á mi amistad.
Ella misma lo confiesa.
ENR. Hombre villano, inmoral!

JULIAN. Si esta casa es un infierno.
ENR. Me voy á morir, Julian.
JULIAN. Eso quisiera tu novio:
¿morirte?—qué necedad!
Siendo jóven y bonita,
y teniendo un buen caudal.—
Rie al contrario, divierte,
adora al primer galan
á quien cautiven tus gracias,
y búrlate sin piedad
de Eduardo.—Voy á buscarle,
para que vea en tu faz
el desprecio, y quede roto
el pacto matrimonial.

ESCENA XIII.

ENRIQUETA, despues EDUARDO.

ENR. Tiene razon; á qué santo
perder la paz y la vida
por un ingrato,—olvidarle
mi despecho necesita.
EDUAR. Enriqueta...
ENR. Caballero...
EDUAR. Caballero!
ENR. Buenos dias.
EDUAR. Podré saber la razon
de tan extraña acogida.
ENR. (No sé qué voy á decirle.)
EDUAR. Ignoras que eres mi dicha,
que tu acento me conmueve
que tu amor me da la vida?
ENR (Si prosigue capitulo
aunque mi hermano me riña.)
EDUAR. Mi dulce bien... mi esperanza...
ENR. Dispense usted... tengo prisa.
(Indicacion de marchar.)
EDUAR. ¡He sido víctima acaso
de alguna calumnia indigna?
¿Crees que mi amor no es constante?
ENR. Tenemos que hacer visitas.

EDUAR. Una palabra siquiera.
ENR. No puedo..- me aguarda Elisa.
EDUAR. Ah! comprendo... hasta el amor
que puro y radiante brilla
en el corazon que nace
es infame mercancía.
Sarcasmo la fe que abrasa
el corazon de una niña,
y sarcasmo ese candor
que nuestra alma diviniza.
ENR. Te atreves...
EDUAR. Todo es un sueño.
ENR. Eduardo...
EDUAR. Todo es mentira...
mentira tus juramentos,
mentira mi ansiada dicha.
Niña sin alma, contempla
lágrimas en mi pupila,
y ya que mi amor te enoja
olvida, Enriqueta, olvida.
ENR. No puedo más. (Cae sobre una butaca sollozando.)
EDUAR (Saber quiero
la causa de su perfidia—
la espiaré.) (Desaparece detrás del portier.)

ESCENA XIV.

ENRIQUETA.

Corazon
ántes que mi mal agraves
explícame si lo sabes
quien lleva aquí la razon.
El que finge amarme tanto,
ó yo que viviendo en paz
veo inundada mi faz
por las ondas de mi llanto.
Mas qué digo ¿no ama él
á Elisa?—Julian no ha dicho
que fué un pretexto... un capricho?
que me engañaba cruel?
Oh! sí.—murió mi esperanza

por más que verlo me asombre.
Es fuerza que ame á otro hombre
Venganza al punto, venganza.

ESCENA XV.

ENRIQUETA, MATEO, despues JULIAN y EDUARDO al paño.

ENR. Mateo. (Llamando.)
MATEO. Qué?
ENR. (Con coquetería.) Francamente
Mateo, qué tal me encuentras?
MATEO. ¿Está tambien?—Pues ahora
soy más duro que una peña,
que el gato que está escaldado
huye hasta del agua fresca.
ENR. Mateo...
MATEO. Que nones digo
porque ántes la llevé buena.
ENR. Yo necesito que al punto
me hagas el amor.
MATEO. Aprieta
(Cuidado que seré hermoso
para que todas me quieran!...
Ya no hay medio de vivir
siendo guapu en esta tierra.)
ENR. Es preciso que te cases
conmigo.
MATEO. Tampoco cuela,
y cállese, porque al fin
me van á cargar de leña.
ENR. Pide mi mano al instante.
EDUAR. Ya no sufro más. (Al paño.)
JULIAN. (Conteniéndole.) Espera.
MATEO. Si llego á hablar de este asunto
me rompen todas las muelas.
ENR. Nada me importa
MATEO. Á mí sí,
porque estoy muy bien con ellas.
ENR. Imbécil, que corre prisa,
que me enoja estar soltera.
MATEO. Pues anúnciese V. entónces,

—vaya á la *Correspondencia*
y diga usted: «Una jóven
»hermosota y de pesetas
»pide un marido al instante.
»Informará la portera.»

ENR. Si á quien yo amo es á tí.

MATEO. Dispénse usted la franqueza,
pero con *otra* me encuentro
comprometido de veras.

JULIAN. Puede decirlo más claro?
¿No es ya palmaria la prueba? (Á Eduardo.)

ENR. Y esa otra?

MATEO. La querré,
suceda lo que suceda.

JULIAN. Lo veremos.—Dime al punto
(Saliendo con Eduardo.)
su nombre.

MATEO. Usté me aturmenta.

JULIAN. ¿Mi esposa?...

MATEO. Nu me cunviene.

JULIAN. ¿Por qué?

MATEO. Porque nu es sultera.

EDUAR. Entónces no cabe duda
que prefieres á Enriqueta.

MATEO. Tampoco.

EDUAR. Por qué motivo?
contesta al punto, babieca.

MATEO. Cuidado con poner motes:
nu la quiero, cun franqueza,
purque no es casada.

EDUAR. ¿Entónces?...

MATEO. Quiero á una viuda gallega
que está en el Puerto de Lemus.

JULIAN. Y qué nombre tiene?

MATEO. Tecla,
y déjenme sus mercedes,
purque aunque tengo paciencia,
ya me encuentro fatigadu
de amores y de cumedias.
Si sirvo bien, aguantarse,
y si no sirvo—la cuenta.

JULIAN. Pero señor, qué ha pasado

aquí?—¿Qué farsas son estas?
¿Por qué se declara Elisa?
¿Por qué le adora Enriqueta?

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ELISA.

ELISA. Voy á decírtelo al punto,
ya que tanto te interesa.
Viéndome por tí olvidada,
y sabiendo que con mengua
de tu nombre destruias
una á una honras agenas,
ya siguiendo de tu genio
la natural impaciencia,
ó ya sufriendo el influjo
de Eduardo—con harta pena
y rubor mio, intenté
que iguales celos sintieras.
JULIAN. De modo que tu pasion... (Indicando á Mateo.)
ELISA. Fué villana estratagema.
JULIAN. Bien ¿pero y la carta á Eduardo?...
ELISA. Le rogaba que se fuera
creyendo que sus consejos
te perdian.
EDUAR. ¡Tal ofensa!
Yo, que siempre le hablé en pro
de la virtud más austera...
ENR. De modo que me engañaron.
Jesus! Jesus! que vergüenza
haber hecho por vengarme
carantoñas á este bestia! (Señalando á Mateo.)
MATEO. Le agradezco á usté el favor.
EDUAR. Aun me quieres, Enriqueta?
ENR. Con todo mi corazon,
mi rubor te lo demuestra.
JULIAN. Pues casaos—y por Dios
no me imiteis.
EDUAR. Nada temas.
JULIAN. Hay un refran que dice
que harto de carne

y aburrido, el diablo
se metió á fraile.
Luego por eso
no encontrareis extraños
hoy mis consejos.
Ya curado del todo
de mi fastidio,
en la paz de mi casa,
mi dicha cifro.
Que nuestra vida,
es un libro, y sus hojas
son la familia.
¿Dónde mayor ventura
que esa hechicera
perla, ó mujer, del hombre
fiel compañera,
que sin enojos
limpia el cristal bañado
de nuestros ojos?...
Adorar las mujeres
es deber nuestro,
porque el primer abrigo
le dió su seno,
¿cómo no amarlas
si somos un pedazo
de sus entrañas?
Á vosotros los hombres
que estais oyendo,
se dirigen mis pobres
dulces consejos:
deber... y grande,
es amarlas, que al cabo
son nuestras madres!

FIN.





